

Excavando un entierro

Los Gavirias (esto lo aprendí de mi abuelo, porque era yo niño curioso de los que se quedan escuchando aquellas conversaciones de Historia que son tan frecuentes en las tertulias merideñas), los Gavirias vinieron a conquistar las Sierras Nevadas en la compañía de Juan Rodríguez Suárez; se les dio encomienda de indios y disputaron a otra familia no menos próspera y beligerante, la familia de los cerrada, el quisquilloso derecho de llevar palio en las procesiones del santísimo, de administrar la mayordomía de fábrica de la Catedral y de sacar su templado acero para dirimir aquellas disputas que no alcanzaba a resolver la engolillada justicia del tiempo de los españoles. Aunque nuevas gentes vinieron a sucederles en nuestra pequeña heráldica provinciana, el nombre de Cerradas y Gavirias anda todavía ahondado de leyes en algunos sitios de Mérida. Hay la silenciosa calle de Cerrada con sus solares viejos, su vista sobre la Sierra y los potreros verdes y frondosos que marginan el Albarregas. El no menos altivo linaje de los Gavirias se conmemora en las aguas de una quebrada- hija menor del blanco y torrentosos Albarregas- que fecunda las siembras de frutos menores en los campos aledaños de la Otrabanda; y sobre todo en la persona de Apolinar Gaviria, llamado por mal nombre “Sancocho”, que en la Mérida de mi infancia desempeñaba el doble oficio de albañil y sepulturero y cuya cuchara de buen artesano y sus angarillas cargadas de mezcla fresa, de cal de las canteras de Milla y de arenas del mentado Albarregas, me fueran tan familiares en la casa de mi abuelo. No era sólo- cómo después lo veremos- para ajustar los ladrillos flojos, revocar un muro o alzar un nuevo cimiento para la piedra de moler de la cocina, que Gaviria o “Sancocho” se establecía en la casa.

-Si hay alguien que pueda alegar linaje, aquí donde tantos lo pretenden, es precisamente “Sancocho”, cuyo guerrero apellido se rastrea entre los primeros pobladores de la ciudad- decía mi abuelo.

(Y bastaba sustituir imaginariamente el modesto traje de dril, las alpargatas y los utensilios pacíficos de “Sancocho” por prendas más arcaicas, para que viéramos armado de partesana y rodela un fiero conquistador de las Sierras Nevadas, con la castiza energía de sus barbas y hasta su vocabulario de descomedidas palabras).

Cada tanto tiempo- esto era uno de los secretos de la casa- “Sancocho” venía a excavar en el solar un legendario “entierro” que no se encontró nunca. Ciertas lucecillas sospechosas, sumamente móviles y fugaces, que recorren el solar en algunas oscuras noches, y los pasos no menos enigmáticos que se sienten en el enclaustrado corredor cuando todas las gentes están durmiendo, constituyen el simbólico y aproximado indicio del tesoro. Y algo como una lejana voz de herido que se queja y se difunde y prolonga en el aire medroso de la alta noche. Se encendía una vela en el

cuarto trasnochado, se preguntaba: “¿Quién?” y se salía a ver si todas las puertas estaban cerradas.

Este “entierro”- ¿Y que casa de Mérida no pretende tenerlo?- dejaba, sin embargo, a la crítica más moderada, cierto margen de verosimilitud. En torno de él se forjó una tradición coloreada de fechas y de personajes reales.

Protagonista de la leyenda era cierto ascendiente mío que paseándose por la ciudad de Barinas, ocupada por el sanguinario español Tízcar, en el tiempo de la Guerra a Muerte, se informó de que en la cárcel realista esperaba su fusilamiento, por el delito de haber combatido al lado de los patriotas, un joven merideño de rica familia. Para verle y servirle como paisano, mi legendario pariente se disfraza con hábito de fraile y acude a la prisión ofreciendo sus consuelos espirituales y sus absoluciones *in artículo mortis*. Jura por el Rey, y se gana la confianza de los carceleros, que le conducen a confesar al joven patriota. Este le hace, en trance de morir, depositario y albacea del lejano tesoro sepultado en Mérida.

Entre el regreso del fingido fraile a nuestra provincia, la reconstitución de las casas y los hogares destruidos por la pavorosa revolución y las primeras búsquedas para localizar el tesoro, corrieron varias décadas. Todo el siglo XIX pasó por Mérida con sus años de inercia y de silencio, seguidos de años de guerra civil. Los generales y coroneles que formó la Independencia, que fueron a cosechar gloria en el lejano Perú, regresaban a sus casas, a la mediocridad de sus provincias, con permanente deseo de aventuras. La guerra los acostumbró a no quedarse quietos. Aguardaba siempre en la casa el momento de ser desenvainado el legendario espadón de Ayacucho. Hacían revolucioncitas locales cuando el fisco empobrecido no podía pagarles sus pensiones de próceres. Suenan a lo lejos, a través de los llanos y los valles de una Venezuela tumultuosa, las cornetas ululantes de la enorme guerra federal. Por el abra de Mocomboco cayeron en Mérida como un ejército de espectros los federales fugitivos de los llanos barineses del año 59. Y entre tan patéticos y movidos sucesos, el tesoro permanecía sin descubrirse. Escrituras, títulos de herencia, capellanías, y compraventas, pasaron con sus papeles amarillos y sus rúbricas complicadas por las manos de la familia, hasta que a fines del siglo XIX mi abuelo adquirió aquella casa de la calle Bolívar con la leyenda del cuantioso entierro.

Continuamente “Sancocho” y sus hijos naturales que la acompañan, y a quienes el llama “mis oficiales”, tienen que hacer alguna obra de albañilería en la casa. Pero mientras instala sus oficiales en labores tan plebeyas como las de pegar ladrillos o coger goteras del tejado, “Sancocho” escapa al solar e inicia personalísimas tareas de excavación.

Se documenta para fijar el sitio donde puede encontrarse el tesoro, interrogando a las sirvientas que en las oscuras noches advirtieron señales sobrenaturales y escucharon la adolorida voz.

-¿Dónde brillan las lucecitas? ¿Debajo de la higuera o del chirimoyo?- es el enigma que quisiera resolver “Sancocho”.

Pero nuestras tímidas sirvientas nada pueden precisar, porque cuando la luz brilla o la voz clama y se sienten nocturnos pasos en el corredor, se estrechan unas con otras y las posee un helado espanto.

Y opina “Sancocho”, que ha formulado toda una filosofía sobre el mundo físico:

-Es que la tierra se mueve y nunca está quieta. En tantos años corridos desde el tiempo del difunto, el tesoro habrá cambiado de sitio. El ánima (que estará penando en el purgatorio) viene a buscar sus cosas donde las guardaba, sin saber, el pobrecito, que las mudó la tierra. Hay que buscar una de esas agujas bañadas con piedra imán que se clavan donde advierten la proximidad de los metales. O esperar una media noche con luna creciente, para preguntarle al fantasma (si es cierto que lo hay): “¿Qué se le ofrece hermano?”. ¿Viene de parte de Dios o del Diablo?”. Si viene de parte de Dios, se reza un padrenuestro y tres credos mientras él cuenta qué le trae al mundo: si viniera de parte del diablo, se llama un cura para que eche agua bendita y diga los exorcismos.

¿Buscando los tesoros ocultos en un solar de Mérida no era precisamente Apolinar Gaviria, apodado “Sancocho”, el más legítimo descendiente de aquellos Gavirias del siglo XVI, conquistadores del legendario país de las Sierras Nevadas?

Mariano Picón Salas
Viaje al amanecer